

Ualdona 263

9

El Cuento Semanal



"ΖΔΣ ΔΔΔΣ ΔΣ ΑΣΤΑΡΤΣ"        
ΝΟΒΕΛΑ ΔΕ ΙΣΑΑΚ ΜΥΝΔΖ ΙΛΥΣΤΡΑCΙΟΝΕΣ ΔΕ ΡΙΚΕΡΑ

30 céntimos

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.—MADRID

Apartado de Correos 409.

AÑO V.—20 de Enero de 1911.—NUM. 212.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

“EL COJO”, CAMPEÓN

POR

MANUEL ARANAZ CASTELLANOS

LIBROS Y REVISTAS

La Farándula.—La vena cómica del primero de nuestros humoristas llega en esta obra á la cúspide de su desarrollo. Joaquín Belda, basándose en la historia de los amores de una conocidísima primera actriz, nos describe con gracia inimitable todo el mundo de entre bastidores que el autor de «¿Quién disparó?» conoce á maravilla por haber pertenecido durante dos años á la compañía de uno de nuestros primeros teatros de género grande.

Hay en «La Farándula» escenas escabrosas que al ser pintadas con exacto realismo, tienen un tono verde subido que asustará á los tímidos; pero la intercalación de esas escenas en las páginas de «La Farándula» no puede estar más justificada, pues la vida de telón adentro no es un modelo de purezas.

Con estas dos notas—gracia y picardía—consigue Joaquín Belda cautivar la atención del lector desde las primeras páginas del libro, logrando así el doble éxito de la amenidad y del inte-

rés mantenido á través de las 325 páginas de que se compone la obra.

La portada es un precioso bicolor de Marco que avalora el mérito del libro.

Agenda de Bufete para 1911.—Se acaba de poner á la venta esta utilísima obra de anotación y consulta, que anualmente publica la Casa Editorial Bailly-Baillière, de Madrid.

Lo muy conocida que es la «Agenda de Bufete» en el comercio, la industria y en los despachos de particulares nos releva de hacer de ella descripción alguna, limitándonos á recomendar á nuestros lectores su pronta adquisición, pues con su uso, á más de poder llevar una contabilidad clara y sencilla, tendrán un verdadero guía de cuanto deseen saber sobre Ministerios, Aranceles, Correos, Telégrafos, Ferrocarriles, cambios, pagarés, letras, etc., etc.

Su precio varía de 1 á 4 pesetas en Madrid, aumentando en provincias 50 céntimos para gastos de correo. De venta en todas las buenas librerías y en la de su editor, Sr. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

REGALO DE TAPAS

PARA ENCUADERNAR LA COLECCIÓN DE

EL CUENTO SEMANAL

Siguiendo la costumbre establecida en años anteriores, á todos los que se suscriban durante el mes de Enero, por un año, á esta Revista, se les regalarán unas magníficas tapas de cuero con incrustaciones y relieves en oro, para encuadernar la colección de 1910.

Las suscripciones pueden hacerse en esta Administración, Fuencarral, 90, Madrid.

LOS OJOS DE ASTARTE

Al ilustre maestro D. Miguel Moya como homenaje muy sincero de admiración y de amistad.

I

Mi ventana estaba abierta á todas las gracias del sol.

Jerusalem se extendía á mis pies, rumorosa y metálicamente blanca.

Contemplando el paisaje, de un encanto armónico de suavidad y de olvido, mi alma se poblabá de recuerdos, de imágenes fascinadoras entrevistadas bajo el llamear de los cirios en las noches rituales.

Santas coptas de un negro denso de basalto,

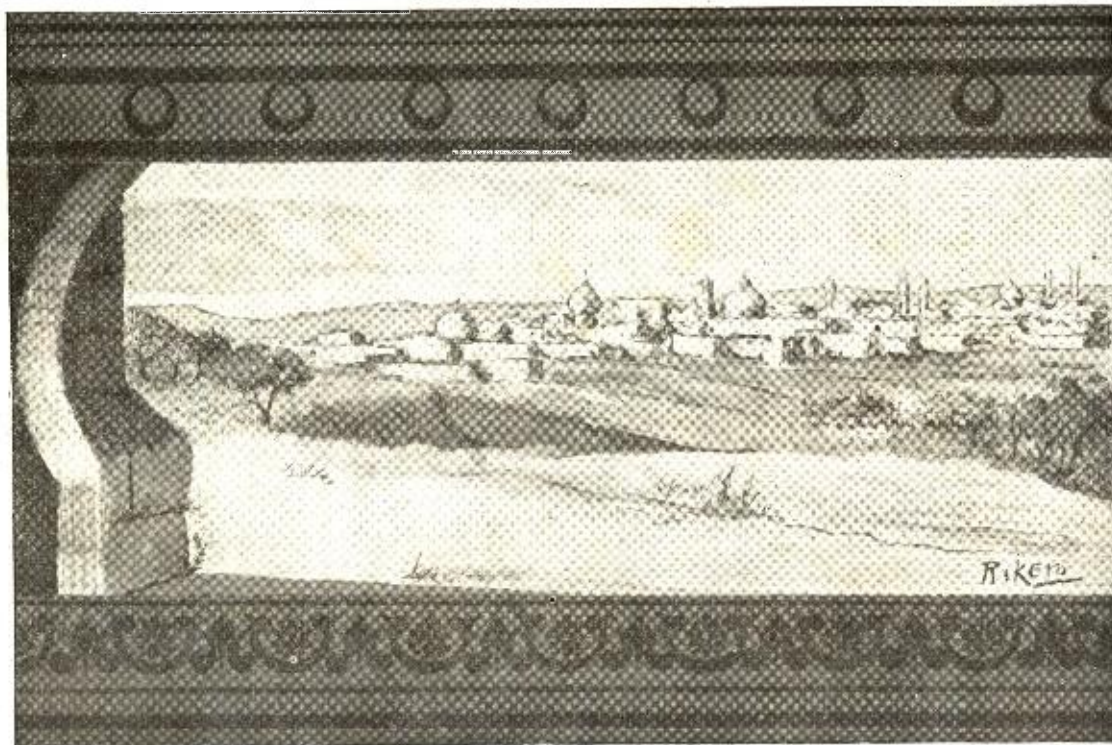
adoradas por magos que aún recitan sus oraciones en la lengua sacerdotal de Tebas.

Iconos esclavos sobre fondos de oro, de una apariencia sensual y fastuosa.

Nocturnas liturgias monacales que me recordaban aquellas fiestas sangrientas ante la estatua de Baal, en que los bellos *kedeschin* (iniciados) se entregaban á perros feroces ó se acuchillaban entre las sombras.

Cultos griegos á un Cristo bello como Narciso y con la sabiduría de Hermes proteiforme.

Sacerdotes armenios, dulces y andróginos, de



targas melenas oleosas y de bordadas túnicas bizantinas.

Sobre todos aquellos cultos de una suntuosidad pagana y oriental, el alma de Israel pasaba como una ancha nube oscura y eterna.

Lleno de sol, perdido el pensamiento y extenuado el espíritu, recordé, y todavía ensangrentado, aquella mañana gentil y amorosa torné a vivir aquel momento divino perfumado de amor, de sangre y de dolor.

¡Sarah, y su cabellera densa, caliente como carne y vibrante como un ala!

Ella abandonó a su madre Raquel y a su padre Judah Benzor, y envuelta en una túnica blanca



como las vírgenes de la Biblia, me siguió siempre silenciosa, con sus labios desvanecidos como en un beso.

Huímos a las tierras de Galil.

Los pastores galileos, perfumados de hierbas olorosas y con los negros cabellos mojados por el agua de la noche, nos traían la leche de las ovejas en anchos cuencos de madera del Líbano.

Durante el día, caminábamos por la tierra cálida y estática.

Al paso lento de nuestras cabalgaduras, contemplábamos como ensueños las montañas de Judah.

El árabe que nos guiaba cantaba salmódicamente cantos antiguos, cantos del Mareb, como los que debió escuchar en sus horas de amor Belkis, la reina de Saba.

Las sombras de los olivos tenían inquietos temblores de cosas vivas.

Lagartos de un adusto color de herrumbre se deslizaban bajo el sol con suavidad insinuante.

Sarah y yo caminábamos muy juntos, y mi aliento junto a su cara palpitaba con la ligera excitación de un beso.

Sarah tenía la belleza cándida y grave de una virgen que va a ser sacrificada.

Sus ojos eran claros e impenetrables, ojos que aman el silencio de los templos, y los largos éxtasis y las horas angélicas de resignación.

Su perfume era suave y casto como el olor de la mañana, y toda ella daba la imagen y el gusto de una fruta demasiado tierna y frescamente ácida.

Yo la vi un crepúsculo de Nizam, junto al Bab-Efrain.

Llevaba tendidas sus trenzas virginales, y caminaba con la ágil gracia de una bestia joven a la que sólo ha poseído el sol.

Ella llenó mi alma de alegría y de davídicos sonos nupciales.

Un sábado en la sinagoga, yo acaricié su mano, mientras ella besaba el Thorah envuelto en damasco verde.

Y ella me amó, y abandonó a sus padres y a la ley de Israel.

La tristeza de Judea era como la tristeza de mi alma angustiosamente ávida de eternidad.

A veces descansábamos bajo la sombra de un olivo, y Sarah, con su gesto pensativo y suplicante, me ofrecía sus labios como si me sacrificara toda su vida.

Temblaban las hojas sobre nuestras cabezas unidas, y su sonar tenía ligeros acentos insinuantes.

En el silencio extenuado de sol, se oía la música de una fuente entre laureles y ciclámenes.

El grito de algún pastor resonaba en el espacio, profundo y augural.

El Jehová obscuro, cruel y vengativo, el que hace derramar lágrimas de sangre, el que arrasa las tierras como un viento de fuego, el que hace expiar las faltas de los padres a los hijos de la cuarta generación, se sentía en el aire, en la sombra que irradiaba luz, en los montes curvados como austeras frentes meditativas, en la sangre que flameaba feroz e insaciable bajo la piel árida.

Sarah, bajo la eficacia de la evocación, se sentía más distante, y en sus pupilas de criatura inmolada temblaba el horror a la santa venganza de Israel.

El hebreo en sus labios era puro como en los labios de Esther, la del blanco cuerpo macerado con óleo de mirra.

A la hora de las oraciones de Oriente, nos deteníamos junto a las tiendas de los pastores.

Una paz bíblica se extendía sobre nosotros como un velo.

El acento grave y patriarcal que animó el alma de los profetas, fluía en nuestros espíritus.

Y nuestros pensamientos eran cándidos y buenos como bendiciones de Dios.

Un día penetramos en los campos floridos de Nazaret.

Doncellas vestidas de blanco lino tornaban á sus hogares cantando salmos nupciales.

Niños de ojos profundos, ojos como debieron ser los de Cristo, nos miraban inmóviles.

Blancos corderos pascuales, sonoros de esquirlas y perfumados con todo el olor de los campos, pasaban conducidos por niñas gentiles de anchas trenzas y frentes curvadas.

En Sarah, la criatura devorada, extenuada, consumida por la fanática fiebre implacable de Jerusalem, revivía, bajo la gracia del paisaje, la pura mujer de la Biblia, aquella que prepara los

unió su cara á la mía, y toda ella se adhirió á mí como una niña que tiene miedo en las tinieblas.

Con la última luz del crepúsculo se desvanecían las formas, dejándonos la inquietud de lo que tal vez no veremos nunca más.

La noche, todavía temblante y claramente azul, daba á nuestras almas una unción religiosa.

Del cercano poblado venían rumores de voces, rotas melodías lentas de mujeres durmiendo á sus hijos, murmullos opacos quizá de besos, quizá de sollozos...



panes del hogar, teje la lana de las ovejas y enciende la lámpara de cobre.

Ella sonreía á todo con la divina dicha de la inconsciencia.

Lo amaba todo en una beatitud fresca y profunda.

Amaba el cielo transparente, las colinas áridas y silenciosas, los rumorosos huertos en flor, los pensativos niños lívidos, el éxtasis de la tierra, la melodía de las aguas y de los telares, el sonar de los molinos, los olivos milenarios bajo cuya sombra Cristo dialogó con Dios.

Acampamos junto á una huerta poblada de naranjos y de pájaros.

Nuestra blanca tienda se irguió sobre las altas hierbas, y nuestros criados, dos viejos árabes del desierto, prepararon el te de Oriente, que huele á ámbar.

Una mujer morena, llenos los desnudos brazos de pulseras bárbaras de plata, nos trajo á su hijito, un pobre niño horrible como un despojo, para que con nuestras manos milagrosas sanáramos sus males.

Y la mujer de ojos iluminados nos tendía los brazos y nos suplicaba con un gesto de fe desgarrador y angustioso.

Cuando la mujer se alejó en la noche naciente, con un plañir monótono y con un vivo son de amuletos y de ajorcas, Sarah, dulcemente triste,

Por los montes comenzaban á encenderse luces rojas y parpadeantes.

Envueltos en sus mantos, dormían sobre la tierra fragante nuestros árabes de barbas blancas.

Ráfagas calientes como contornos de mujer estremecían nuestros rostros.

Sarah encendió la gentil lámpara en forma de paloma, y la luz arrancó á sus cabellos violentos reflejos de sangre y de cobre.

Nuestro lecho de pieles olía á nardos de Galil y á fieras vivas.

Sarah se despojó de la túnica y se ofreció dorada y perfecta.

Se inclinó hacia mí, y sobre mi cara cayeron sus cabellos cargados de sombra y de aroma como un jardín en la noche.

La expresión de su cara era desgarradora y dulcísima, llena de extenuación y de felicidad.

Aquella criatura dolorida parecía predestinada á todas las pasiones y á todas las desgracias.

Apagóse la lámpara con un rápido estertor.

Y yo la amé divinamente, porque me parecía estar cometiendo un asesinato.

II

Amanecía sobre los campos.

Sonaban campanas anunciando la oración de la mañana.

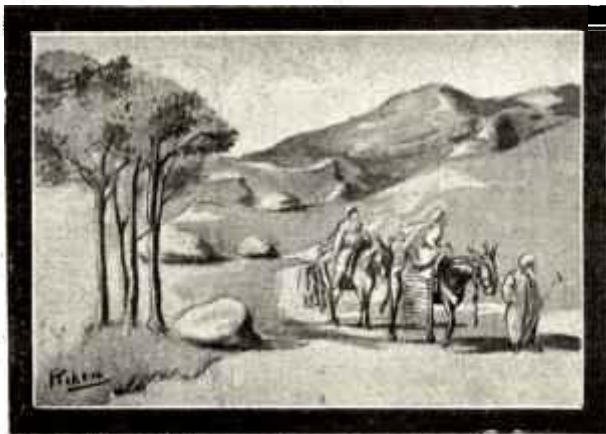
Frente á Nazaret, sobre una colina llena de granados, mi pensamiento me hablaba del Crucificado, de aquel *rabbi* de la sangre de Judah, que un día dijo desde aquel paraje la palabra que había de conmovér la tierra.

Hay sumos instantes férvidos, en que no el alma dé una raza, sino toda el alma de una época, parece recogerse y curvarse en la espera augusta de una verdad eterna.

Diríase que un dios está á punto de estremecer nuestras frentes con su ala sonora, y que sobre la cumbre de la montaña van á descender las nuevas tablas de la ley.

Jerusalem se eleva siempre alta sobre sus colinas áridas.

En sus cúpulas blancas recoge todas las gra-



cias de los cielos y toda la acerba austeridad del paisaje.

Ella es la ciudad sacerdotal sobre la cual ha brillado en el día implacable la pupila de Jehová.

Han muerto los profetas entre las olas calcinadas del desierto, y ella, en un silencio obscuro y beato, espera al Mesías, á aquel que debe llegar.

En las fiestas pascuales, viejos rabinos abrían sus espíritus al nuevo mito, bajo el Candelabro de los Siete Brazos.

Sobre los muros del templo lloraban las mujeres la tristeza de Israel.

Y la tierra parecía fecundarse con el calor de entraña de las almas orantes.

Ráfagas de misterio penetraban en los espíritus pensativos, y las austeras frentes de penitencia se inclinaban ante el presentimiento.

De aquella tierra estéril como una concha y nutrida de pensamientos profundos, había de nacer el Anunciador.

Los ascetas maceraban su carne en los mismos parajes que oyeron la voz de los profetas de Judah.

A la luz del último aceite de los olivos griegos, la Sibila de Eritrea dictaba sus adivinaciones incoherentes, como turbadas por vientos de tempestad.

Y los essenios, los pálidos poetas del dolor, penetraban en las ciudades, en las sinagogas, agitando sus antorchas de muerte y sus largas melenas oleosas.

Se exaltaba el dolor hasta sus límites extremos y había como una avidez de torturas, de castigos, de misterios dominadores de la inquietud estéril de las almas.

En la voz bárbara de aquellos filósofos predicadores se escondía un pensamiento de universalidad.

En Atenas, bajo los árboles clásicos de la Academia, tantas veces loados por la palabra de Sócrates el divino, un maestro había presentado al animador ante el huir de los dioses por el mármol sagrado de los cielos.

Roma la imperial veía descender las cuadrigas de sombra desde el Capitolio coronado por la loba, por los laureles y por las águilas.

En Alejandría la sabia, un exégeta hebreo veía al ser humano, hermano de los hombres, cuyos labios mortales habían de decir la palabra de Dios.

Era llegada la plenitud de los siglos.

Un mancebo pálido y pensativo medita bajo la luz de aceite de los olivos lares, y su frente morena del color de las tierras de Asia se curva como el arco de un mundo.

A la hora en que los panes ázimos perfuman la estancia familiar, el mancebo moreno de los ojos atentos está lejos de los suyos, solo ante las colinas suaves como pensamientos en paz.

El ha hablado un día á las gentes austeras que trabajan los campos y llevan el Thorah sobre su corazón.

El les ha hablado un día de sol en que el horizonte era vasto como la eternidad, y las gentes le han escuchado con las almas simples abiertas á la revelación.

El mancebo siente que su corazón es como un río.

Habla, y una sabiduría más profunda que la de todos los sacerdotes del templo brota de sus labios, que tienen la sinuosidad de las montañas galileas.

«¿Cuál es mi madre, cual es mi hermano? Aquel que oye mi palabra y sigue la voluntad de mi padre que está en los cielos, aquel es mi madre y aquel es mi hermano.»

Un amor de infinito, de eternidad, llena su alma, y todo ante él es claro y ligero como el aire de una mañana de cristal.

El obscuro enigma del hombre no existe para su pensamiento iluminado.

Aquella humanidad miserable y ciega que camina por los campos oprimida por el peso de la vida, que discute falsas doctrinas en el atrio de las sinagogas, que sueña quimeras que esconden la muerte, que llora los inmutables dolores del vivir, puede tornar á ser noble, feliz y pura como los lirios blancos.

Y la palabra de redención fluye á sus labios secos, torturados por la fiebre, y su boca se llena de sangre, y un ansia sobrehumana de revelar los divinos pensamientos exalta su espíritu hasta hacerle sentir dolor cruelísimo por su silencio.

«Así que, teniendo todo tu cuerpo resplandeciente, sin parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una antorcha de resplandor te alumbra.»

Sarah se había acercado silenciosa y lenta.

Se sentó junto á mí en la cumbre de la colina, y sosteniendo entre sus manos la ligera rodilla

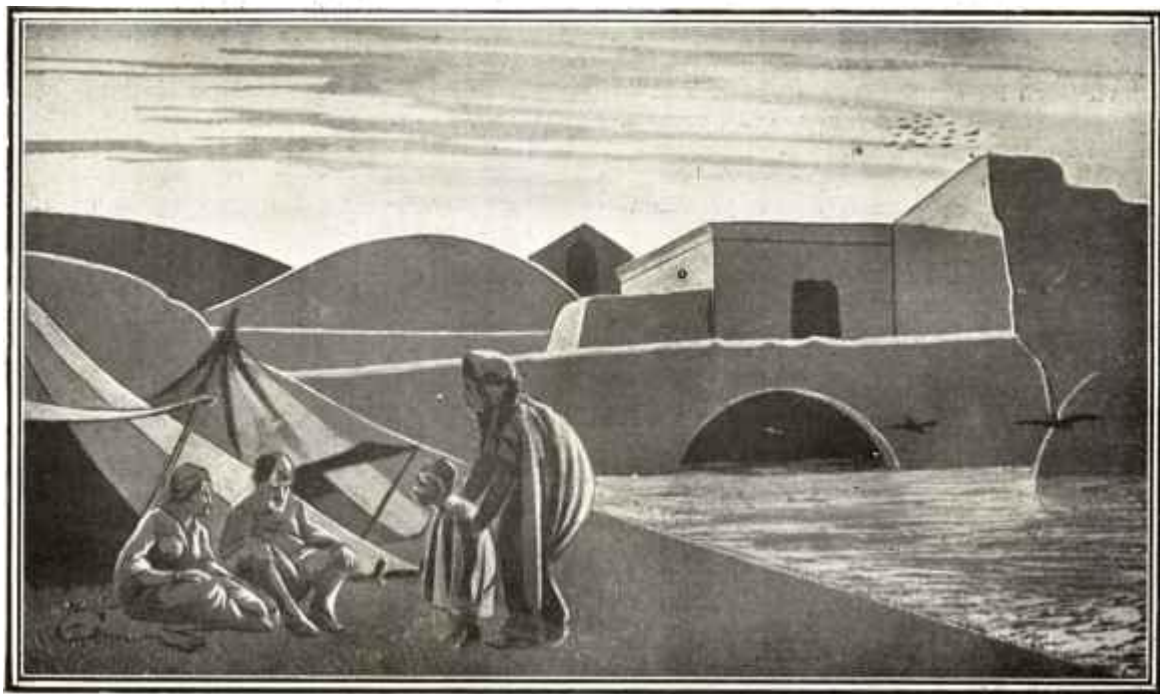
Yo me sentía, lleno de absoluto, poseedor de verdades eternas, sabio como un profeta y ligero como un niño.

Hojas de granado caían sobre los cabellos de Sarah.

La vestidura de la amada era noble y armoniosa y completaba mi serenidad y mi alegría.

¡Amar sobre todas las cosas, amar el sacrificio, amar el dolor, amar la tristeza, y amar siempre, hasta hacer de nuestra vida una llama!

El aliento vegetal nos refrescaba como una caricia húmeda.



cansada, permaneció inmóvil, esperando mis palabras.

Su cuerpo, flexible como una rama de olivo, tenía un encanto ágil de fuga, de desvanecimiento.

La humedad de sus pupilas tenía reflejos lunares.

Acaricié dulcemente sus cabellos, aquella cabellera como una fronda vasta y como una fronda rumorosa.

Y toda mi alma se llenó de ternura por aquella niña, más leve que la ligera caricia de una mano ondulante.

¿La amaba?

Mi corazón es un laberinto tan extraño que en él se perdería el diablo.

III

Todo era de una gracia, de una frescura, de un candor primitivo en torno nuestro.

El alma de la vida vibraba clara y sonora en nuestras almas.

Sobre la ancha mula, cubierta de telas listadas de rojo, de verde, de azul, de amarillo, Sarah, envuelta en su velo de plata, semejaba una virgen princesa de Siria que caminara en busca del esposo á la dorada corte de Susa, quizá á la fabulosa Babilonia.

A nuestro paso se doblaban los trigos, de un verde jugoso y consolador.

Palmeras de copas flúidas se esculpían sobre el azul igual.

En aquellos instantes sumos toda mi vida era como la huella perfumada que dejábamos sobre los campos olorosos.

Desde las cisternas blancas tendían su vuelo palomas brillantes.

Arrastrando sus babuchas amarillas, nuestros árabes arreaban las cabalgaduras.

De vez en vez, Sarah me miraba con sus ojos llenos de sol.

Caminábamos como en un estupor de primavera, dispersos en el ambiente, sintiendo fluir por nuestra sangre sol y aire más cálido que un aliento humano.

La cima de Hermón, metálica de nieve, fulgía lejana.

Al crepúsculo nos detuvimos en el poblado de Nennaj, bajo las altas montañas de Galaad.

En tanto que los siervos izaban nuestra tienda, Sarah y yo paseamos por una larga calle de naranjos.

Bajo mi brazo se doblaba su cintura, y sus cabellos; agitados por el viento, estremecían mi cara como caricias de ensueño.

Por aquellos parajes que recorrió Jesús seguido de la turba clamorosa de sus discípulos, Sarah y yo caminábamos temblorosos de amor.

Sarah se abandonaba, hechizada y ligera.

La larga jornada había encendido su cara y había humedecido sus ojos, en cuyo esmalte serpeaban inquietas viborillas rojas.

Vibraban los árboles bajo el viento. Y el crepúsculo tenía como un desmayo lento, como una infinita extenuación de felicidad.

Bajo los pesados cabellos, la nuca de la amada se inclinaba como para el yugo ó para la violación.

Sus altos pechos curvaban la túnica, y olía a primavera su florida carne de doncella.

Me hablaba, pero yo no oía sus palabras, encantado en el divino silencio de la hora.

Agitábanse las ramas de los naranjos, y parecía que huían entre la fronda resucitadas diosas antiguas.

El aire era tan denso, que al extender la mano diríase que acariciábamos curvas palpitantes, muslos finos y cálidos.

Entre las hierbas nacían los jacintos.

La garganta de Sarah llevaba un collar bárbaro de corales, de piedras embrujadas y de ópalos del color azulado de las carnes muertas, y en el centro colgaba una perla que era lunar y viva como los ojos de la diosa.

Un instante en que Sarah se inclinó para coger una flor de fuego, yo le doblé la cabeza cargada de cabellos y bebí lentamente la humedad de sus besos.

Había rosas por todas partes, rosas amarillas, rosas casi negras como túnicas de expiación, rosas rojas como sangre de mujeres enamoradas, rosas tiernas como carne de niñas impúberes.

La noche que venía daba á la cabellera de Sarah reflejos de plata como los de la piel del mar bajo la luna.

Con un son campestre y alegre venía un rebaño de cabras desde las montañas en flor de Galaad.

Saltaban los machos barbudos, de cuernos retorcidos, sobre las hembras de ojos de agua.

Y el pastor era bello con su túnica de color de amatista y con sus ojos más sombríos que los tallos del asfodelo negro.

Sarah miró á los machos acres y lascivos, y sus labios se entreabrieron y por sus ojos pasó una veladura húmeda.

Avanzábamos tan unidos, nuestros cuerpos se

tocaban tan intensamente, que el hablar hubiera sido un entorpecimiento de nuestro éxtasis.

El campo estaba azul de luna y por sus ojos también pasaban ráfagas de zafiro.

Nuestros cuerpos proyectaban largas sombras temblantes que á veces se confundían con las sombras de los naranjos.

Descansamos unos instantes en un divino rincón, lleno de noche y de rosas.

Sarah estaba fatigada, y los golpes del corazón estremecían sus pechos leves.

Sostuve en mi mano su cabeza y apoyé la cara en su cabellera olorosa.

Los largos cabellos vivos cegaban mis ojos y su aroma me turbaba como un veneno.

Ella me decía palabras lejanas, con una voz enronquecida.

Un momento no vi en sus ojos sino el reflejo de una estrella.

Cuando tornamos á caminar, ella llevaba en sus cabellos hojas de rosa y gotas de rocío.

Unos rizos huracanados se encrespaban junto á sus sienes.

La sangre huyó de su cara y en torno de sus ojos se refugió la noche.

Amanecía cuando llegamos á Tiberíades, la ciudad muerta junto al lago de ondas oscuras.

El lago era vasto, inmóvil, y bajo su piel fría parecía guardar el acento más que humano de la palabra de Jesús.

La soledad era absoluta en torno de las aguas.

Algún pájaro pasaba rozando las ondas y se alejaba con un rápido aleteo sonante.

Junto á la orilla estéril y leonada, Sarah y yo nos sentamos.

Venía una frescura un poco amarga que dejaba heladas nuestras frentes.

Y una paz religiosa y llena de santa melancolía se extendía sobre la tierra y sobre nuestras almas.

El éxtasis de las cosas era semejante á uno de esos pensamientos que nos acercan á Dios.

Los velos de la mañana eran de oro y de fulgor.

El mar, lejos, tronaba como un dios antiguo y bárbaro.

La sombra larga y pensativa del Nazareno cruzaba ante mi envuelta en sol y seguida de una turba miserable y heroica de esclavos, de ramerías, de pescadores y de leprosos.

El mancebo moreno de los ojos iluminados llevaba en sí la tristeza y el amor.

El curaba con sus manos las llagas que huelen á podredumbre, pero hacía nacer en el espíritu otras llagas vivas y sangrantes.

El levantaba las lápidas y resucitaba á los muertos, pero mataba en las almas las divinas alegrías.

El llevaba en las pupilas de hoguera y sobre la frente alta como una torre, las señales ciertas de un destino trágico.

El llevó á los hombres la desgarradora fascinación del dolor, el encanto horrible de la expia-

ción y del martirio, pero sus ojos más que humanos fueron cegados por la muerte, su frente rota por la tortura, y su palabra ahogada en sangre.

Hundidas en las arenas de oro, comidas de sol, desaparecieron para siempre aquellas ciudades de un prestigio fabuloso, Caphernaum, Magdala, patria de la pecadora rubia de anchas trenzas.

Parecíame que el Cristo acababa de expirar, y que yo le había visto elevar los ojos bajo las nubes de cobre, y humedecer con su lengua los

Ya no queda piedra sobre piedra de aquel templo que resplandecía como la gloria más alta de Israel.

Desde las montañas venían ráfagas de aroma y de pasión.

La luz se hacía morada en las cimas del Genezaret.

Desde una *kubba* el almuédano anunciaba la oración del mediodía.

Nuestros árabes tocaron con tierra sus frentes, sus brazos y sus pechos, y con voz salmódica rezaron la *essalat el dojor*.



labios secos por el vinagre y por la ardiente tarde de Nizam.

Y en mí quedaba esa inmensa paz que sigue á la desgracia.

Sarah me contemplaba como en sueños.

Lentamente, llenos de suave voluptuosidad, la hebrea y yo nos alejamos del lago de tinieblas, de silencio y de azufre.

Todo estaba muerto bajo el sol.

Ya no nacían los laureles rosa en la tierra de Sharón.

Ya no llenaban los aires de alegres sonos pastorales los rebaños de Bashan.

Ni en las viñas de Eshcol lucían aquellos racinos abundantes, de un rico color de sangre joven.

La tierra prometida de Israel esperaba inmóvil al héroe, al que de nuevo había de colocar el Arca de la Alianza en el santuario olvidado de Kadeck Barnea.

Judá no tiene hombres como Adino, como Eliazar y como Sammah, que sobre centenares de cadáveres ofrecieron el agua á David para que éste, derramándola sobre la tierra, dijera: «No es como la sangre de aquellos que expusieron sus vidas.»

Mientras los creyentes oraban en la soledad extenuada de sol, yo besaba á Sarah en la roja boca torturada por el calor.

El velo de Damasco se agitaba triunfal detrás de sus cabellos.

Y una viva hilera de zequies de oro danzaba sobre su frente morena.

Yo amaba sin término, y en vez de fatigarme, en mi corazón se generaba siempre el ensueño.

Sarah, con un impudor sagrado, se ofrecía toda bajo el sol.

Y yo recordaba aquellas divinas tardes de Chipre en que las doncellas de trenzas en forma de corona iban á prostituirse junto al mar.

Sus extremidades eran tan fluidas que daban una sensación floral.

La levanté en mis brazos y la elevé hacia el sol como en un sacrificio.

Ella reía, y su alegría estremecía mi carne como una ola.

La oración del Islam sonaba en el silencio lento y llena de una tristeza de fatalidad.

Pasaron unos camellos con mercancías de la Siria.

Y los beduinos que los conducían tenían la fiera virilidad de los árabes anteriores al Profeta.

Ellos me trajeron el ansia de vivir entre las tribus que aún adoran al sol, que tienen en sus hogares la imagen de Astarté y que duermen sobre el desierto sintiendo en las pupilas la luz de las estrellas.

Perderse en el alma de la diosa, penetrar en el enigma horrible que guarda el secreto de la vida y de la muerte...

Y una mañana vasta, después de una llameante noche de amor, amanecer divinizado por haber contemplado en la agonía de una crispación los ojos de la diosa, verdes como el mar, como las esmeraldas y como los venenos...

IV

Fué en la tierra de Siria, en la tierra poblada de templos en que las hieródulas de Baal sacrificaban toros al sol.

En aquella tierra armoniosa y calenturienta, unas mujeres iban vestidas de blanca lana, otras de sedas violentas y joyas bárbaras, otras de hojas verdes y flores carnales, y las morenas desnudeces tenían reflejos luminosos como las pieles de los tigres.

A la hora de las estrellas la noche entraba en sus ojos y los hacía tan negros que me entenebrían.

Sobre las pieles de nuestro lecho, animadas de un calor de vitalidad, nuestros cuerpos se enardecían y sus pechos se erguían con un gesto ávido y como interrogador.

Ella me juraba el amor por el dios de su raza y por el Thorah sobre su corazón, y su voz tenía el encanto amargo de las voces que nunca volveremos a escuchar.

Yo acercaba mis labios suavemente para no besar más que su voz.

Caían sus cabellos sobre mi frente y por sus ojos yo veía pasar los relámpagos azules del éxtasis.

Por las mañanas, cuando el sol venía como un dios de fulgor á nuestra tienda, ella entreabría sus largos ojos cargados de amor y de sueño y saltaba del lecho dejando ver un muslo ligero y ágil.

Enroscaba sus trenzas como un haz de serpientes y sujetaba la túnica que resbalaba por los pechos llenos.

Yo le mordía los hombros desnudos y la sangre aparecía bajo la piel mate.

Bajo mi carne crepitante temblaba ansiosa su carne.

Ardían sus pechos y se humedecía su boca, que olía á entraña.

Su corazón en mi corazón, ante nosotros se abría la inmortalidad.

Y un aroma de fiebre se unía al aroma que venía de los campos.

Ella cerraba los párpados, más ardorosos que unos labios.

Pálida, destrenzada, ensangrentados los labios

y alucinados los ojos en la noche de las ojeras, me huía.

Pero yo la martirizaba hasta hacerla caer sacrificada.

Se abrían nuestras manos como las de los agonizantes al soltar la presa heroica de la vida.

Y nuestros besos se hacían largos, lentos, dolorosos, besos en los que absorbíamos toda la medula gloriosa y toda la podredumbre del amor.

Las mañanas ligeras salíamos á llenarnos de primavera y á que el aire cálido besara nuestras bocas.

Nuestras vidas eran como perfumes, como temblores de hojas, como luz sobre los mirtos.

Y el sol nos seguía como un viejo dios familiar.

Alguna vez en medio de los campos yo la contemplaba rítmica y llena de una gracia de adolescencia.

Los árboles nos tendían sus verdes cabelleras flúidas.

Y yo le ofrecía flores de fuego de los granados, que ardían como antorchas nupciales.

Los antiguos templos sirios se elevaban bárbaros y eternos sobre el desierto.

Adonis y Astarté vivían en el sol, en la tierra, en los aires.

Piedra por piedra, yo viví en Baalbek toda el alma de aquellas razas madres que divinizaron la sangre, el amor y la muerte, la suprema trinidad de la vida.

Adoré á Baal, á Moloch, al padre Sol que engendra los ríos de sangre y que llena las venas con la embriaguez de la vida.

Adoré á Asthoreth, á Astarté, á Isthar, á Mylita, á la diosa Luna, que nos da la noche, la ferocidad inextinguible, el amor, el misterio y la muerte.

Animé el templo de Bel-Marduk, aquel del cual nos ha dicho Herodoto que tenía dos columnas, una de oro puro y otra de esmeralda, que brillaban magamente en la noche.

Poblé aquellas tierras de sol y de fausto con las tórtolas, los cipreses, los granados, tan gratos á la diosa.

Vi de nuevo á las sagradas palomas blancas revolotear en torno del negro cono.

Y oí los cantos de las sacerdotisas desgarradores y llenos de cruel fascinación.

Sobre las cumbres de las montañas volvía á nacer el *Asherah*, el árbol sagrado que representaba la doble Naturaleza y para el cual bordaban las mujeres las más suntuosas sedas de Tiro.

Bajo las tiendas de púrpura levantadas en torno del templo otra vez las jóvenes apenas núbiles ofrecían al peregrino de barbas rizadas la gracia de su primera sangre.

Aquellas fiestas maravillosas y crueles en que los sacerdotes abrían sus carnes y sobre las blancas piedras del altar ofrecían sus sangres rojas de fanatismo y de ferocidad, volvían á traerme su prestigio doloroso y magnífico.

¡Sangre inmortal de los hombres, sangre crepitante de las bestias, divino caudal de la vida!

Entre las columnas doradas por el sol de cien siglos, del gran templo muerto de Adonis-Tam-muz, yo viví férvidamente el antiguo mito de amor.

Adonis, el joven Sol, era amado de Astarté, la diosa de ojos del color de las llamas en la noche.

Cazando Adonis en los bosques del Líbano un jabalí, que era encarnación de su enemigo Baal-Moloch, le arrancó la vida, destrozando su carne preclara y joven.

Cayó el dios sobre las aguas de Gebal y desde entonces el río fué rojo, eternamente rojo por la sangre divina.

Las doncellas en cuyo espíritu vive el alma de la diosa se desgarraron las vestiduras, hirieron sus carnes vírgenes, se arrastraron por tierra gritando:

—¡Ailanu! ¡Ailanu! (1).

Pero en primavera el joven dios renació resplandeciente, vestido de sol.

Y las doncellas en cuyas almas amaba Astarté, coronaron de flores sus cabellos, aromaron sus carnes desnudas y sobre el musgo propiciatorio conocieron el amor de Adonis, que en sus cuerpos amaba á la diosa.

Sarah, sin comprender el pensamiento de aquellos templos, aun vivos bajo el sol, desde el fondo de su sangre y de su raza amaba aquellos mitos de un hechizo lejano y fabuloso.

Solos, en la soledad absoluta, paseábamos por entre arcos rotos y columnas truncadas, en cuyos capiteles cubiertos de tierra crecían flores salvajes de un color desteñido de recuerdos.

A veces, con su velo de plata, sus largos ojos sirios y su frente llena de zequies de oro, me daba la imagen de una princesa de Nínive que tornara de ofender á Baal un negro toro de astas blancas.

Algún instante, á la hora última del día, la tristeza y el presentimiento velaban nuestras almas.

Nuestros ojos se perdían en las llamas finales del sol, la sombra se arrollaba en torno de nuestras frentes y quemaba nuestros espíritus el ácido de una angustia sin causa y sin nombre.

Entonces nuestro amor era dolor estéril, nuestras vidas desiertos sin agua, nuestras ansias humo que se desvanece en los aires sin llegar á Dios.

Queríamos morir de una lenta muerte silenciosa, perdidos en el frío recogimiento de la noche sin rumores.

Pero la luz familiar de la lámpara entre las cortinas listadas de la tienda y la cena sobria y fragante y los aromas acres y sensuales del ámbar y el benjuí, nos hablaban de una intimidad suave, de un dulce calor de hogar y de una me-

lancolía llena de desmayos, de besos y de largos rayos de luna.

Y regresábamos con las manos unidas, confundiendo nuestros cabellos bajo las ráfagas de la noche, desfallecidos los cuerpos y con una estrella ante los ojos.

Al amanecer, de nuevo tornábamos á los templos húmedos de rocío y aun envueltos en los velos de la noche.

A las luces de la mañana los cabellos de Sarah eran de un vivo azul de zafiro.

Y toda ella tenía una ligera gracia matinal y una animadora frescura penetrante.

El templo de Tanit alargaba hacia el sol su blanco propileo de piedras que parecían vivas, veteadas de sangre y de ardor.

El reflejo de Baal aun extendía sobre la tierra su vasto misterio de vida y de fuerza.

Detrás del altar, limpio y brillante como si aun aguardase un sacrificio, se esperaba oír la voz de las sacerdotisas, animal y aguda como el grito de las panteras, recitando lentas salmodias de pasión.

Más lejos, el templo de Samun, abierto y ancho, esperaba ver correr sobre sus aras tersas la sangre rugiente de los toros.

Casi oculto entre laureles y cipreses el breve templo de Hator, la diosa negra, aguardaba en un silencio lleno de melancolía las ensangrentadas ofrendas virginales de las doncellas.

Y llenando toda la quimérica tierra de Siria, se sucedían, ágiles ó bárbaros, armoniosos ó violentos, los templos de Balaat, de Astarté, de Esmuna, de Tadmuz, de Moloch.

Un aliento heroico me exaltaba hasta el ímpetu.

Todos mis sueños soberbios de púrpura, de imperio, renacían gloriosamente en aquella tierra sagrada forjada con sangre de víctimas y con aliento de dioses.

El misterioso pulso desbordante de la creación llenó mis venas, siempre propensas á las divinas fiebres.

Dar la vida á aquella tierra, como ninguna férvida y profunda; resucitar bajo el sol á los dioses ambiguos y claros, equívocos y serenos, bárbaros y bellos, hubiese sido el más augusto triunfo de un héroe enamorado de la magnífica sangre antigua.

Bajo los fuegos solares, los templos semejaban monstruosas osamentas calcinadas y la tierra parecía aniquilada como después de un estrago; pero, bajo su piel árida, un ansioso espíritu de vida vibraba dispuesto á engendrar el prodigio.

Y bajo la fría costra se adivinaba como un vasto rumor oscuro de multitudes clamorosas.

¡Exaltar á los dioses!

La antigua piedra animada, transfigurada con el calor religioso de una raza, parecía palpar en el estremecimiento de la espera.

La tierra se ofrecía al dios que había de llegar todo envuelto en púrpuras y en sol soberbio, en

(1) ¡Desgracia! ¡Desgracia!

su carro de fuego y agitando en los aires la antorcha llameante.

Y el dios había de llegar en el milagro de una hora suprema.

Imperioso y dulce, bestial y armónico, hechicero y cruel, habría de aparecer sobre el altar, ornado de sol, de púrpura, de rosas y de sangre propiciatoria, para difundir su ritmo y para crear el amor que tiene formas de tigre é ímpetus de león.

Yo evoqué toda la antigua pompa de los días asirios, viví todo el frenesí y toda la embriaguez de las multitudes vestidas con las más flúidas sedas de Chipre y con las más resonantes púrpuras de Tiro, amé hasta la agonía, hasta despertar en mi alma á la fiera, y quemado de fanatismo abrí mi pecho ante el dios y le ofrecí mi corazón, que ardía como una pira.

Sarah y yo penetramos en el templo de Baal.

Un rayo de sol hería el santuario obscuro y caliente como una matriz.

En la sombra densa y tibia abracé á la hebrea, cuyo rostro resplandecía entonces con todas las significaciones de la diosa.

Habían adquirido sus ojos una luz desconocida y su corazón latía tan profundamente que yo escuchaba su rumor en la sién ligera como un pensamiento.

Su cuerpo olía á sol y á juventud morena.

Cogí en mis brazos á la amada y la coloqué en el altar de Baal, el dios de los dioses.

Un silencio de siglos nos envolvía en su inmovilidad sagrada.

Fuera pasaba la vida enguinaldada de rosa sobre los campos en fiesta como para unas nupcias.

Sarah desfallecía bajo mis largos besos.

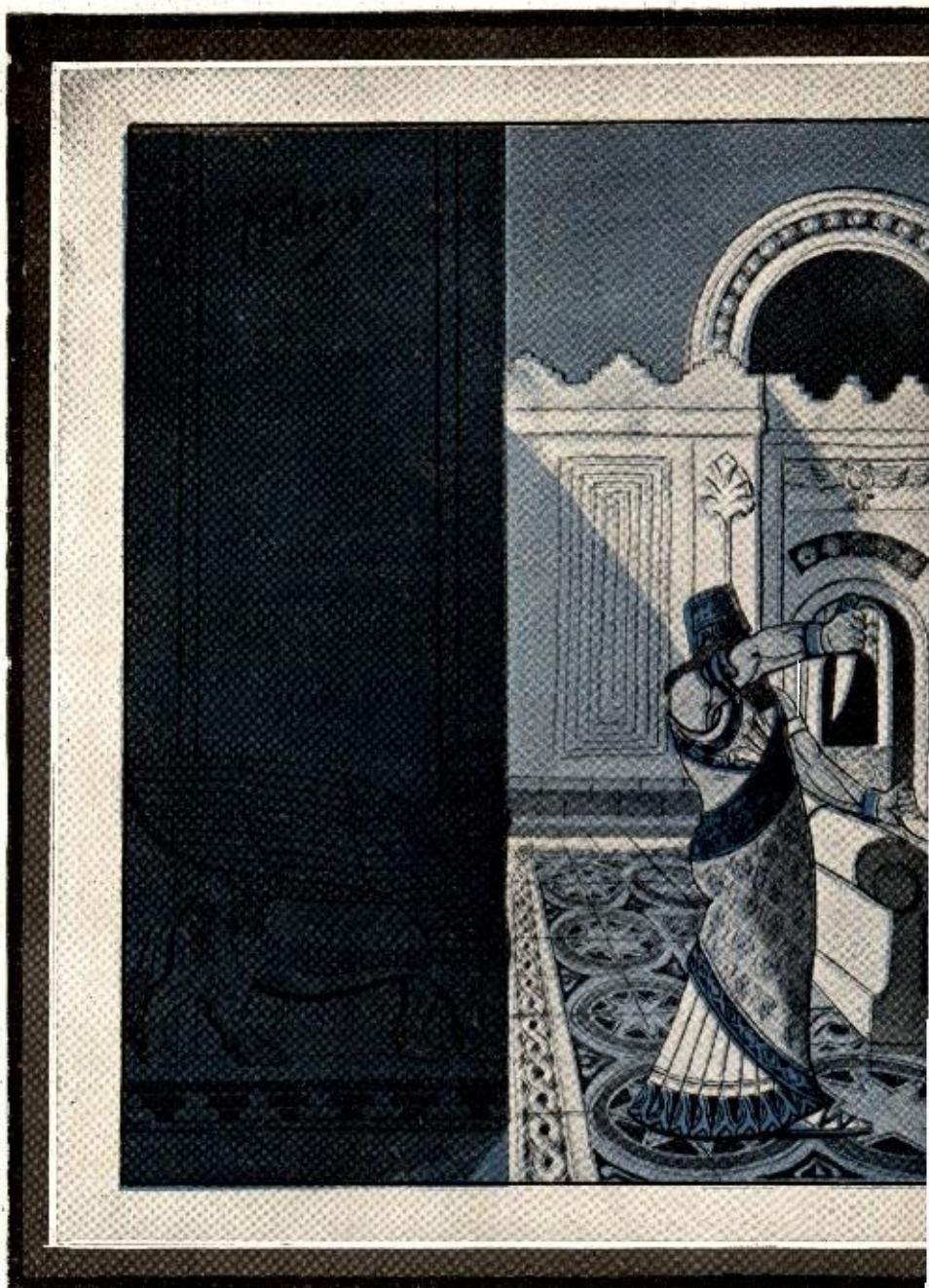
La piedra parecía viva sintiendo el temblor de su carne desnuda.

Sus ojos se llenaron de húmedos reflejos azules como si hubiesen permanecido largo tiempo en el fondo del mar.

Desaté su túnica y saltaron sus pechos como dos palomas ofrendadas.

Se entreabrió su boca como si toda su existencia se abriera al dios.

Y el olor de sus entrañas me excitó hasta con-



vertir mi sangre en fuego y en veneno. La eternidad se hizo carne en nuestra carne.

El sol tendió hacia ella un rayo como los que iluminaban en la sombra la faz de Astarté.

Y sobre el caliente triángulo de la diosa, Adonis amó de nuevo á Istar, y como un coro de voces frenéticas, el viento resonó entre las piedras con un ulular sonoro y religioso.

Todo el fasto de la Siria pasó ante nosotros como una magia de ensueño.

Sidón la fenicia, hundida bajo las aguas, per-

das, del acero y de las sedas. El Líbano de fronda sensual, de cedros olorosos, de mirtos y de ríos, perfumado con el alma amorosa y magnífica del rey de los reyes, Salomón.

Vivíamos todo el Oriente lento y suntuoso, inmóvil y fanático, dulce y desgarrador.

Mezquitas del tiempo de los Califas, de ágiles alminares y verdes azulejos metálicos.

Rosadas mezquitas osmanlíes de anchas cúpulas pobladas de palomas.

Muertas sinagogas de Judah semejantes á sepulcros.

Conventos drusos, maronitas, de la ingenua gracia gótica de las Cruzadas.

Y tumbas siempre.

Tumbas ornadas de adelfos y de misterio, de viejos profetas de Israel, de mujeres de la Biblia, de reyes de Assur, de princesas de Babilonia, de sabios talmudistas, de santos del Islam.

Descansábamos breves horas en ciudades blancas, llenas de un turbador perfume de ámbar y de fieras.

A veces oíamos desde nuestro lecho la salmodia alucinadora del mudden, ó á la media noche nos estremecían gritos crispadores de dolor.

Y el silencio sin fin tenía una complicidad aterradoradora.

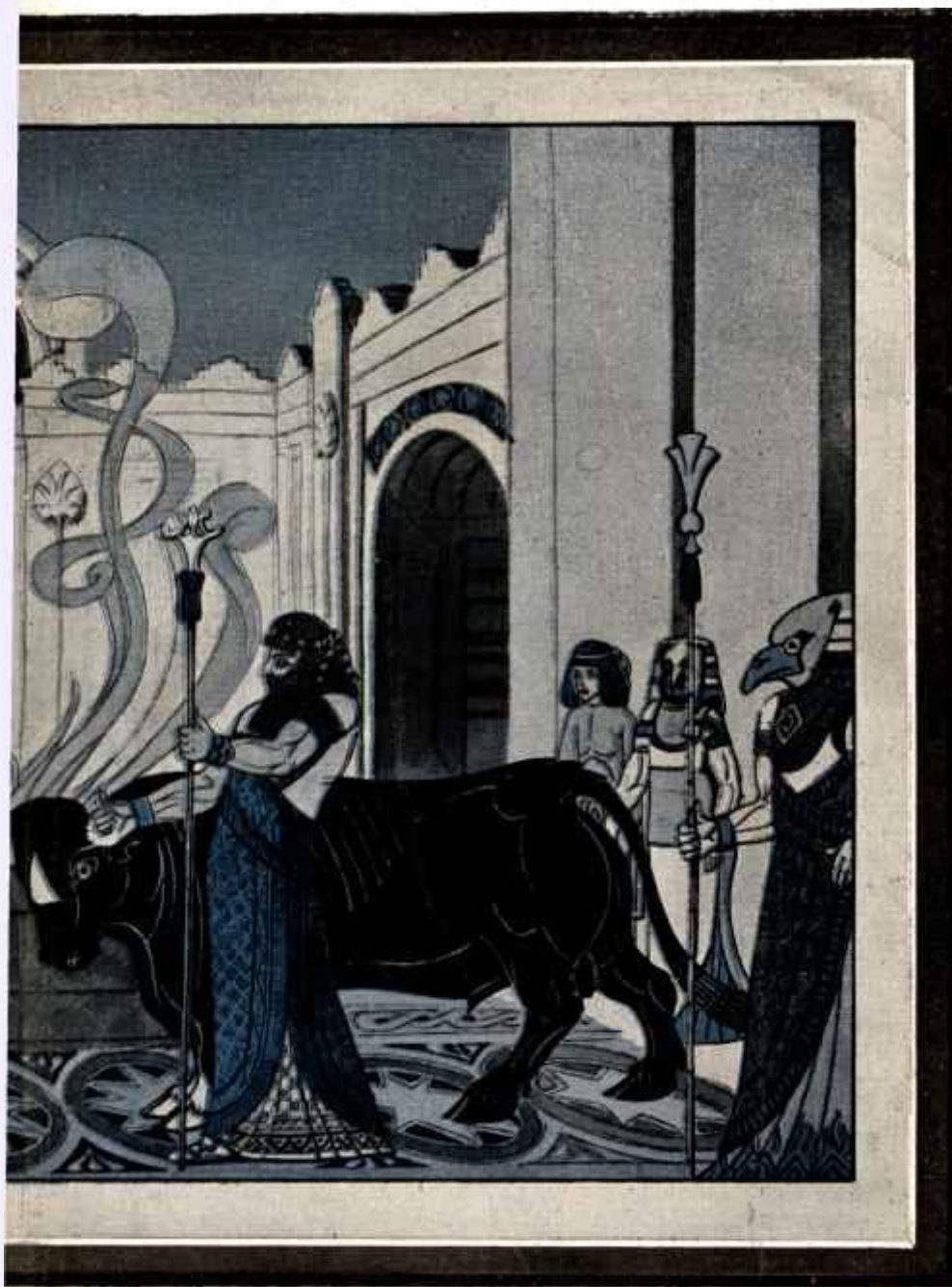
Entonces ella, con los cabellos vibrantes como nervios y los ojos blancos de terror, se estrechaba contra mi pecho y hundía su cara para no oír sino la música exultante de mi corazón.

Otros, regresábamos extenuados de visiones y de aromas.

La noche, luminosa de estrellas, entraba amplia y resonante en nuestra estancia.

Lejos sonaban cantos, cantos tristes y sacerdotales del ritmo de Misraim, como los que debió oír Ptah en su vasto templo de Memfis.

Sarah y yo, en el éxtasis inefable de la noche y de nuestras carnes que tanto amaban, permanecíamos abrazados largo tiempo.



dida en el mar con sus calles, con sus palacios, con sus templos, poblada, en una inverosímil claridad marina, de conchas, de moluscos, de corales y de algas.

Tadmor, encantada en un bosque de palmeras cuyas copas suenan con lento ritmo.

Damasco la fabulosa, la corte de poetas y de príncipes, la ciudad de las perlas, de las leyen-

En sus ojos, por los que pasaban ráfagas de zafiro, de rubí, de esmeralda, yo veía el sueño fabuloso y magnífico del Oriente.

El hermético Egipto, con sus animales divinizados, con sus inmutables Faraones cubiertos de oro, con sus anchas columnas de capiteles de flor de loto, con el sagrado Nilo inmóvil como si sus ondas fuesen de un metal fulgurante, con sus momias cubiertas de betún y de esmaltes, con sus templos de eternidad, con sus sacerdotes envejecidos en el estudio del Amenti y del Hades, con Nitocris la sabia, con Berenice la quimérica, con Cleopatra la divina...

La oscura Caldea de los magos, de los sortilegios, de las princesas morenas de ojos calientes de superstición y de amor...

Asiria con sus toros alados, con sus monarcas de brazos hercúleos dominadores de las fieras, con sus palacios maravillosos en los que resplandecía la pompa sagrada del Asia.

Cuando entornaba las pupilas cesaba el deslumbramiento, y la pálida criatura de Israel se me ofrecía llena de ansia.

Algunos días encontrábamos en nuestro camino lentas caravanas que iban hacia la Arabia.

Los hombres, de tez del color del fuego, nos enviaban el *salam* con un gesto triste y cordial.

Y las mujeres se envolvían en sus velos negros, y al paso nos miraban con ojos de lontananza y de calentura.

En algunas ciudades penetrábamos en los cañes árabes, sombríos y perfumados de opio.

Nómadas de las tribus y turcos de barbas fluidas, fumaban inmóviles, tendidos sobre alfombras de Persia.

Las paredes estaban llenas de armas y de espejos, y del techo colgaban lámparas de cobre y huevos de avestruz.

Nosotros comíamos pastillas olorosas de rosa y de nardo, fumábamos el narquilé, y un estupor hecho de fatiga, de ensueño, de aromas acres y de primavera densa, nos aniquilaba inefablemente.

Un día, en la Byblos fenicia, reposamos junto a un largo camino de cipreses.

Una penitente, vestida de negro, cruzó ante nosotros, trágica y velada.

Llevaba un cirio encendido, y la llama sobre el pecho ardía como un corazón.

Y su presencia en la tarde morada tuvo algo de fatal, como un presentimiento y como un augurio de dolor.

El Líbano ardía como una vasta hoguera.

Venían aromas de incienso.

Y la sombra caía sobre nosotros como las alas de la desgracia.

Luego el Mediterráneo, azul, cruzado de velas rosa, y llevando en sus olas el clamor heroico de la Historia.

Pensamientos de luz sobre las aguas paganas, cuyas crestas de espuma semejaban blancos torsos de diosas marinas.

Ráfagas de aire, suave y fresco, lleno del olor del mar.

Jaffa, con su puerto armonioso y resonante, evocador de los antiguos puertos de la Hélada.

Ramleh, con sus bosques de naranjos, con sus jardines rebozantes de nardos y de fuentes, con sus cigüeñas pensativas sobre las torres.

Saaron, con la gracia pastoral de una égloga, viva por la voz de los pájaros y por la luz melodiosa.

Las montañas de Judá lisas, oscuras, como humeantes.

Los montes de Efraim semejantes á nubes de incienso que se elevaran á Jehová.

Pasamos la última noche de peregrinación en un campo rudo y árido, meditativo y desconsolador.

Sarah parecía alejada, como si fuese una criatura hostil y extraña.

Me abandonaba su boca, pero su espíritu estaba lejos, perdido en misteriosas supersticiones, abandonado á secretos destinos, mordido por el miedo de la venganza de Israel.

Nuestra noche fué triste.

Sentíamos, amarga y profundamente, que algo acababa en nosotros para siempre.

Adivinábamos el futuro lleno del fantasma de lo irremediable.

Y sabíamos que nuestro amor, que había florecido un día, fatalmente había de morir.

Aquella noche nuestras caricias fueron crueles, dolorosas, prolongadas hasta la tortura, como las de dos agonizantes.

Tres veces apagó el viento la luz de la lámpara.

Y tres veces desperté en la noche, sintiendo en mi frente las garras de la muerte.

Amanecía cuando entramos en Jerusalem.

En la luz de perlas, el Oriente fué como la concha de la Anadyomene.

Nuestros caballos relincharon con caliente potencia, saludando el nacimiento del joven dios.

VI

Jerusalem eterna flameaba bajo el sol.

Siglos de pensamientos dormían en sus calles silenciosas, en las que las leyendas florecían con las hierbas de un adusto color de acero.

Avido siempre, sintiendo fiebre por penetrar en el enigma de la ciudad, yo quería poseerla toda, como á una virgen hermosa.

Me embriagaba de luz, de líneas suaves, de blancura, en la mezquita de Omar.

Aquel conjunto de magnificencia persa y de salvaje instinto tártaro, me excitaba como una mirada excesiva.

Luego las tardes de oración, las salmodias de los creyentes recitadas con el acento sensual de los *effendis*, la luz velada y enriquecida con el brillar de los mármoles y el fausto de los terciopelos, el perfume de agua de rosa, el contacto

con las alfombras de una morbidez casi carnal.

La colina del templo de Salomón, del cual no quedaba piedra sobre piedra.

El sol y la maldición habían comido aquellas piedras de gloria que unos hombres, llenos del fuego de Dios, elevaron con el temblor de sus manos religiosas.

A veces, en las iglesias coptas, ante la virgen negra de basalto, cuyas pupilas son semejantes á las de la egipcia Isis, se excitaba mi espíritu

que la acompañaban á las fiestas del sábado y que ahora huirían de la pecadora como de una leprosa, los hijos de Judah que la señalarían con el dedo y que la perseguirían con sus maldiciones en todos los caminos.

En sus labios, que antes eran expresivos como un beso, se crispaba ahora una angustia cruelísima.

Y sus ojos me miraban con una súplica silenciosa, una súplica desgarradora y tímida en la



con el llamear de los cirios, con los ritos misteriosos, con el contacto de aquellos egipcios de mirada larga y frente deprimida, que veneran á la mujer hebrea como á una encarnación de Isis, y á Jesús como á la última encarnación de Osiris.

Otras, en el desierto monte de Sión, mi alma se perdía en una soledad abstracta.

Me acompañaba la judía con su gesto pensativo y ligero.

Triste, irremediablemente triste, se sentaba sobre una roca, y sus ojos perseguían á la quimera sobre los flancos fugitivos de las nubes.

Así permanecía hasta que tornábamos á la ciudad siguiendo los senderos, palpitantes de aromas.

Jerusalem la dominaba como un castigo y como un fantasma.

Jerusalem era para ella los padres hoscos y maldicientes, las doncellas de anchas trenzas

que ya se presentía el abandono, el desamparo de Dios y de los hombres y el dolor vivo en llagas arrastrado por todos los caminos.

Criatura de ensueño, de extenuación y de gracia...

¿Cómo podría amarla mi alma tempestuosa, quemada por las pupilas de los dioses y ensangrentada por todas las fieras del instinto?

El destino tiene signadas nuestras vidas, y él nos conducirá hasta los umbrales de la muerte.

En el valle había un jardín de cipreses, cuya contemplación daba á mi espíritu una serenidad religiosa.

Monjes sirios lo habitaban, y de cuando en cuando sus blancas figuras pasaban lentas.

Desde el monasterio á la ciudad se extendía un camino construido por el César Vespasiano, y al sol brillaban casi metálicas las anchas losas romanas.

Todo aquel paraje era un encanto de inmovilidad, de sol y de silencio.

Las piedras, las raras flores, parecían momificadas por los siglos, viviendo ya la vida divina de la eternidad.

Todo era sonoro en torno nuestro.

La voz de un pastor cuidando las gacelas de Jericó, el rodar de una piedra desde la cumbre, nuestras almas que parecían tender alas vibrantes al espacio.

A veces surgían en el horizonte los negros conos de una caravana de camellos.

Y mi espíritu tornaba á sentir el ansia frenética del misterio, de la tierra impenetrable del Moab que guarda el secreto de la diosa en el silencio de oro de sus arenas.

Venía de las remotas montañas de Arabia como un aliento de amor salvaje.

Y entonces mi espíritu se alejaba de la hebrea, suave y pensativa, para amar quiméricamente á la diosa que es virgen y madre, mujer y efebo, dulce y cruel, la que lleva en sus labios el enigma del amor y de la muerte.

Por las calles, pobladas de turcos lentos, de nómadas de perfil acerbo, de mujeres de caras de ídolos, regresábamos á nuestra casa perfumada de sándalos de la India, de nardos y de benjuí.

Después de la cena, frugal y fragante como la de Cristo y sus discípulos, subíamos á la azotea.

En la noche de zafiro, todavía temblaban ráfagas de luz.

Nos besábamos bajo la luna, y en su boca yo gustaba una humedad salobre, en la que había penetrantes olores de algas y de podredumbre.

Toda la ciudad, bajo la luna, tenía suaves entonaciones de perla.

Sobre una alfombra dorada, rica como una estofa bizantina, contemplábamos unidos el cielo palpitante, sintiendo penetrar todo el azul en el fondo de nuestras pupilas.

De la ciudad maldita ascendían los dos divinos perfumes de la lujuria y de la muerte, alma de la ciudad y alma de la vida.

VII

Sarah había quedado en Jerusalem.

Fué en la tierra de Booz, dulce y febril.

Buscando una antigua tradición semita, yo recorrí los campos é interrogué á las gentes.

Nada sabían del pasado aquellos belemitas de manos diestras y ojos pensativos, que con el nácar, el coral y las ágatas fabrican todos los amuletos de la Palestina.

Bebí agua fresca y clarísima de una cisterna armoniosa situada junto al sepulcro de Raquel.

Y gozoso por mi libertad, por sentirme de nuevo nómada y sólo, me enbriagué con el calor de los campos y con la luz de los cielos.

Efrata brillaba con una transparencia relampagueante y líquida.

La curva palpitante de Hebrón evocaba una imagen monstruosa y carnal.

Jardines de cipreses y de granados tendían al aire sus melodías laudas de primavera.

Gaza, lejos, fulgía sobre las arenas.

Ascalón llegaba hasta el mar sereno y azul.

A la hora del sol me senté en la era de Ruth la Moabita.

Ardía aquella tierra como una piel viva y calenturienta.

Una vida centuplicada animaba mis miembros y excitaba mi sangre.

Lameaban mis ojos, y en mi boca áspera y seca yo sentía un acre aliento de podredumbre y de calor.

Un sopor profundo desvanecía mis pensamientos, y todas las cosas adquirían para mí quiméricos relieves.

Me sentía vivir al sol como una planta de hojas mórbidas y carnales.

Con un son bárbaro de amuletos y ajorcas de plata, surgió ante mí una criatura morena, salvaje y violenta.

Era una adolescente belemita de las que se ofrecen á los peregrinos en las noches estrelladas.

Un roto kaftán púrpura la envolvía, y sobre la seda pasada saltaban sus pechos breves, de color de dátiles.

Tenía los ojos calientes y bestiales, la faz de ídolo y la cabellera ancha y crepitante.

De toda ella se desprendían un olor de campo, de pubertad y de fiera.

Le dí unas monedas.

Reía, descubriendo unos dientes animales, y se ofreció sumisa.

Cuando se alejó haciendo sonar sus ajorcas y ondulando sus caderas flexibles de gacela, yo recordé á Ruth la Moabita, la de ojos dorados como el desierto y pechos de cobre como el Yemen.

Las cumbres del Moab se elevaban como el humo azul de los incensarios.

Y de nuevo la atracción del desierto, de la Arabia inmóvil y misteriosa bajo los ojos de Astarté, excitó en mí el ansia de desgarrar lo desconocido, de perderme errante y puro en la tierra eterna que guarda bajo el sol el secreto de la vida y de la muerte.

VIII

Todos mis pensamientos, violentos como perfumes bajo el sol, iban hacia la Arabia impenetrable, la Arabia de las diosas negras y de los altares ensangrentados, la que aún ama á la diosa y celebra fiestas de sangre y de calentura.

Algunas noches iba al barrio árabe, en donde se detenían las caravanas del Moab.

Hombres adustos, de hosco perfil de águila, envueltos en mantos negros, ejecutaban danzas guerreras.

Y mujeres inmóviles, ornadas de amuletos,

llevaban el ritmo con el son de sus ajorcas y con el golpear lento de las panderetas.

Una noche única, llena de claridad de perlas, ella se me ofreció.

Las sombras cruzaban las calles, semejantes á velos de plata.

Jerusalem tenía la luz de un ópalo, maldito y fosforescente.

La luna, diosa de las tribus, de las fieras y de los amores, penetraba en mi alma, y su claridad me abría las puertas silenciosas de lo desconocido.

Ella batía palmas.

Y al mover sus manos, sus uñas, pintadas de henné, se transformaban en garras ensangrentadas.

Aquella carne de oro y de tierra tenía un ardor febril de flagelación.

Bajo los párpados lívidos, su mirada más que profunda tenía una fatigadora expresión de lujuria y de tedio.

El destino me colocaba frente al amor, frente al misterio, frente á mi propio sueño.

Y mi frente se coronaba de relámpagos, de:



Entre las danzas bárbaras, el llamear de las armas y de las luces y el violento flamear de los tapices ensangrentados y extraños como delirios, ella se me ofreció toda enigma, fascinación y lejanía.

Su presencia tenía algo de trágico como el anuncio de la desgracia.

Inmóvil en un rincón contemplaba las danzas.

Las ajorcas en sus brazos brillaban como serpientes vivas.

Su capa era como un estandarte de mezquita, bárbara, maravillosa y deslumbrante.

Toda su cara, del color del sol, era inmutable.

Y cuando levantaba los párpados, parecía que abría sus alas un nervioso pájaro negro.

Sobre el tapiz de damasco bailaba una virgen del desierto, de cara redonda como la luna y como los discos de cobre que adornan los pechos de las beduínas.

Me enloquecía el olor de los perfumes salvajes y de las carnes morenas.

En impetuosas olas sonoras entraba por los ajimeces la noche, constelada de todos los fulgores.

Y la danza era la tragedia viva de un cuerpo divino y ferozmente atormentado.

resplandor del amor, luz de infierno y de divinidad.

Amando aquella criatura, yo amaba todo el Moab salvaje y dulce, misterioso y desgarrador.

A media noche terminó la fiesta.

Los nómadas se refugiaron en sus tiendas listadas de rojo.

Y yo seguí á aquella mujer, fatalmente, como al destino.

Anduvimos en la noche silenciosos y estremecidos.

Venían aromas del desierto, acres y perturbadores como el olor de la calentura.

Aullaban chacaes como mujeres heridas de placer.

El aire tenía la densidad de un aliento.

Tras ella, el negro manto se arrastraba como la noche.

Bajo la luna, sus ojos brillaban semejantes á estrellas.

Y toda ella fulgía, como la diosa de su patria.

Brillaban sus dientes con una luz que producía miedo, y sus ojos eran como la muerte.

Toda mi vida renacía como una llama agitada por vientos de tempestad.

Aquella criatura me daría el fruto dulce y venenoso que contiene la medula de la vida y el secreto de la muerte.

Al andar relucían los zequíes de su frente, y su cabellera brillaba con un fulgarar rápido y metálico.

Lejos de Jerusalem, junto al campo de los leprosos, nos detuvimos.

Mis ojos la gozaban tan profundamente como si todo yo penetrara en ella.

A ambos lados de su cara se tendían los cabellos como dos alas

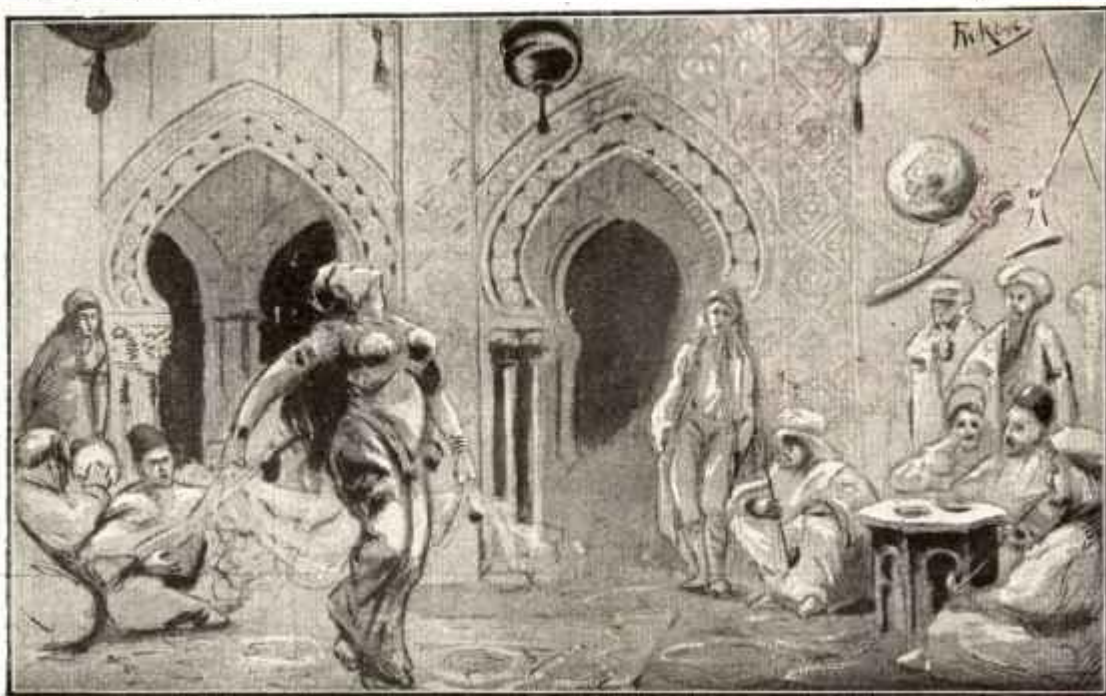
Eran semejantes á dos magas sacerdotisas que contemplaran á su dios.

Sobre su desnudez morena, el triángulo de la diosa, negro y áspero, tenía un encanto violento y salvaje.

Aquella mujer era la tentación, la criatura alucinadora, impúdica y maldita, exegrada por los profetas, la eternamente devoradora y la eternamente insaciable.

Era el Moab primitivo, feroz, idólatra.

Era el desierto con sus templos comidos de sol, en los que oscuros altares de piedra guar-



Llenos de luna me miraban sus ojos, inmóviles como los de una muerta, como los de la diosa, como los de la locura.

Con el contacto de aquella mujer ardía mi sangre como si en ella hubiera penetrado el sol.

Se me ofreció adormecida y silenciosa como una serpiente en la obscuridad del templo.

Bajo su piel morena poseía el estremecimiento de todos los amores.

Con su sonrisa de enigma era como la noche, en la cual se ocultaba la hiena.

Antes de amarla tembló toda mi carne, encrespada como la melena de un león.

La voluptuosidad y la sangre son dos horribles placeres que siempre me han hecho palidecer.

Y yo acariciaba en mi alma aquel amor, lenta y cruelmente, como si acariciara la hoja de un puñal.

Besé larga y ávidamente su boca, que tenía la frialdad de un reptil.

Su cara era horrible y bella, porque estaba animada de un soplo divino.

Sus ojos parecían fuera de la vida.

dan aún en sus huecos la sangre de los amantes sacrificados á la diosa.

Era la Arabia larga, arcana, desgarradora, que hace delirar el espíritu y que mata el cuerpo de amor, de sol y de infinito.

Era la diosa eternamente viva, la que lleva en sus entrañas el secreto del amor más que humano.

Sobre aquella tierra que había recogido el dolor sagrado de los leprosos, llegamos á placeres tan inauditos que mi carne se erizó de miedo.

Moría de amor, y renacía al amor con una angustia y con un goce desgarradores.

Una felicidad hecha de luces divinas resplandecía en mi pensamiento.

El Oriente era mío y el secreto de la diosa escondido bajo el sol del desierto.

Con aquella criatura de fatalidad, de hechizo, de fascinación antigua é inmortal, yo viviría la vida de los hombres que engendraron á los dioses á la voz augur de las estrellas.

Mi amor hacia la criatura sin nombre que era

semejante á Istar, traspasó todos los límites del amor.

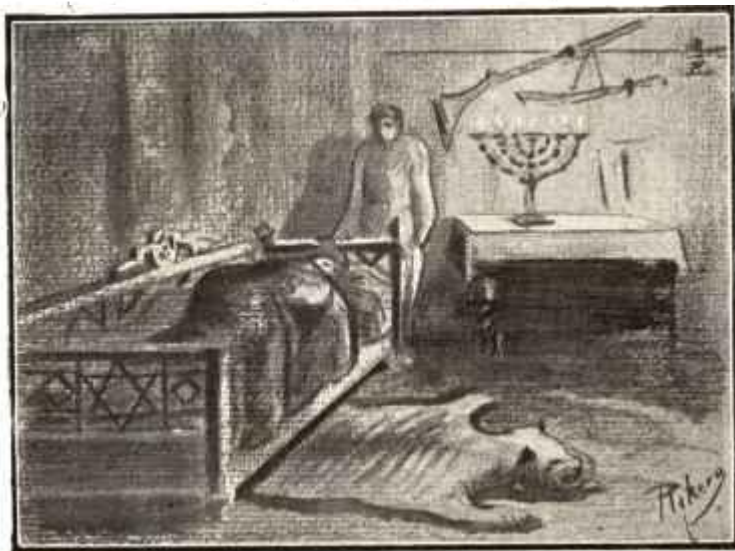
Amar infinitivamente hasta la muerte, hasta más allá de la muerte...

Se iluminó su rostro con trágicos resplandores.

Su cabello se adhirió á sus sienes, como si estuviese húmedo de un sudor de agonía.

Amanecía sobre las cumbres del Moab.

Y toda la tierra pareció vibrar con un estremecimiento de sus alas sonoras.



IX

Sarah me había esperado en los umbrales de nuestra casa.

Al amanecer la encontré rígida en la puerta, azul y fría la cara, tendidos los cabellos sobre las piedras del umbral.

La envolví en el manto, y entre mis brazos la llevé á la cámara.

En un candelabro de cobre se consumía una vela.

Los últimos perfumes ardían en las copas de bronce.

Y las columnitas de humo se desprendían como serpientes que se desenroscan.

Una luz lívida hacía vagar las cosas en un aire lejano de inexistencia.

Todo parecía impregnado de agua, de un agua ligera y suavemente verde como la que debe envolver los pálidos bosques de corales.

Cerré las puertas de cedro del ajimez y encendí las velas del Candelabro de los Siete Brazos.

Y en nuestra estancia fué noche.

Una noche milagrosa, extraña, sobrenatural. Inmóvil sobre el lecho, bajo el manto negro, la hebrea era como una muerta.

Y las luces del candelabro parecían tener en la estancia silenciosa una oscura liturgia fúnebre.

Me senté junto al lecho.

La sombra de Sarah temblaba sobre la pared blanca.

Recogí mi espíritu en el silencio y serené mi carne, aun crepitante por las llamas de la noche.

La alucinación de la diosa me perseguía como una serpiente de fuego.

Y en mi alma se despertaba Baal, aquel que dé la muerte crea la omnipotencia sagrada de la vida.

¡Vivir la vida de los dioses, de los dioses bárbaros y absolutos que no conocen sino el amor, la sangre y la muerte!

Sarah despertó cuando el sol exaltaba frenéticamente á Jerusalem.

Fué su mirada la de una criatura que de pronto comprende toda la amarga soledad desoladora del dolor.

Era su cara más pálida que la agonía.

Se levantó del lecho y comenzó á trenzar sus cabellos, lentamente.

No quise herir su dolor silencioso, y callé.

Abrí las puertas del ajimez, y toda la gloria de la luz penetró como una cabalgata de arcángeles.

Volaba una resonante alegría de campanas sobre Jerusalem.

Y blancos cortejos de palomas enguinaldaban las cúpulas de la mezquita de Omar, las rotas piedras de la torre de David.

—Sarah...

Mi voz la llamó suave, y mis brazos se tendieron hacia ella como dos alas.

Envuelta en el manto negro, sin zequies la frente, pálida la cara, muertos los ojos como dos carbones apagados, me dijo:

—Nunca más me verás. Me has traído la maldición y la desgracia, y yo odio el polvo que tú pisas y el agua que tú bebes. Si las moabitas te dan la felicidad, que la maldición de Jehová caiga sobre vosotros, y que la lepra coma vuestros corazones.

Y como una sombra, la hebrea se desvaneció tras las cortinas de Persia.

Salí tras ella.

La casa estaba desierta, y resonaba como un sepulcro.

Salí á la calle, y lejos, en el camino de la ciudad, vi desaparecer su negro manto.

Un dolor vasto y bárbaro me inmovilizó.

Torné á la casa, y la soledad cayó sobre mí como una montaña.

Era lo irremediable.

Nuestro amor había muerto, y el odio, el otro amor de infierno, nos separaba fatalmente.

Una tristeza venenosa desgarró mi espíritu y mis entrañas, que habían latido con su sangre.

Cerré la estancia, en la que aún quedaba el olor

de su carne y de sus cabellos, y me encerré en mi sala árabe colmada de ídolos, de armas y de tapices.

Cuando el crepúsculo dominó á la ciudad, a fascinación de la moabita volví á encenderme como una antorcha.

En el silencio del desierto me esperaba la criatura sin nombre que me había dado su amor de fiera.

Eran las fiestas de Bairam.

Y por la ciudad pasaba como un soplo de amor y de calentura.

Yó la recordé con su velo azul, con su estrella de oro en la frente y con sus ojos abiertos sobre todas las cosas.

De las azoteas, llenas de noche, venían gritos de amor.

Cuando la luna estuvo alta en el cielo, me envolví en mi manto árabe y salí á la ciudad.

Por las calles pasaban turbas clamorosas que cantaban *Surah*.

Luces rojas iluminaban las casas.

Tapices de sedas violentas colgaban de los ajimeces.

Y desde todas partes caía agua de rosas.

En el barrio árabe tomé un caballo de hocas crines, y partí hacia los campos negros y desiertos.

Un desgarrador plañir de leprosos me siguió desde las murallas, como un augurio de desgracia.

Una estrella cruzó los cielos.

Y mi alma se oscureció como una tempestad que avanzara trágica hacia el desierto.

X

En la noche constelada de estrellas, todas las formas llenas de vehemencia, de éxtasis, de fervor, parecían tenderse á los cielos divinamente amorosos.

Mi caballo, como un huracán, galopó por la tierra de Sidima, muerta como después de un estrago.

Crucé montañas que tenían apariencias de templos quiméricos.

Escuché el sonar antiguo de los ríos de Arabia.

Atravesé bosques de cedros, poblados de hienas y de rumores de desconocido.

La noche me seguía como un tropel de sombras, y una estrella me guiaba.

Llegué á la tribu cuando era la media noche.

Até mi caballo al arco de una cisterna y me deslicé entre las tiendas silenciosas.

La música de la noche sonaba en mi alma como un canto sacerdotal.

Bajo una de aquellas tiendas tejidas con pelo de camello, dormiría la diosa viva, la del cuerpo de cobre y los ojos inmortales, cuyo corazón es el corazón de la Arabia y cuyos labios tienen el gusto del desierto.

Quise esperar al amanecer para verla, y salí de entre las tiendas.

En un ancho círculo ardían los últimos restos de una hoguera.

Desde una tienda entreabierta vino á mí un aliento sollozante de amor ó de agonía.

Un antiguo templo casi en ruinas tendía al cielo su esqueleto monstruoso.

Y la luna le enviaba una claridad azul de evocación.

Quizá en su altar ennegrecido por la sangre de los sacrificios, se alzara todavía la imagen de Astarté, madre de la vida, la que es mujer y efebo, dulce y cruel, pura y ambigua...

Subí las gradas y penetré en el propileo.

La luna, semejante á la faz de la diosa, resplandecía maravillosa y eterna.

Las sombras palpitaban en el templo como divinidades misteriosas.

De pronto, un espectro negro surgió de entre las columnas y cayó sobre mí.

Saqué rápidamente mi puñal, pero el puñal se escapó de mis manos y cayó.

Unos brazos titánicos me levantaron y me dejaron sobre el desierto, caliente como una piel humana.

Cuando desperté, yo sentía en mi boca el gusto pulposo de la sangre, y en mi espíritu ardía el delirio.

Me quemaba como un ascua la herida de mi pecho, y surgía la sangre tibia, ligera, incesante, hasta empapar mis vestiduras y mojar la tierra.

Sentía la muerte como el bogar silencioso por un mar lento y negro.

En el incendio de la calentura vi repentinamente abrirse sobre mis ojos unos ojos grandes, horribles, inmóviles, que fosforecían como esmeraldas embrujadas.

Cerré mis pupilas.

Y sentí en mi alma el frío inmortal y sagrado de los ojos de Astarté.

Isaac Muñoz



**PARA ESTAR AL TANTO
DE TODO EL MOVIMIENTO**

Literario

financiero

Científico

Político

Artístico & Académico

NADA COMO SUSCRIBIRSE A

ATENEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

== LA MÁS LUJOSA, IMPORTANTE Y COMPLETA ==

Publica novelas, cuentos, poesías, crónicas, artículos
de los más ilustres escritores, interesantes informa-
ciones, bibliografías, notables grabados, retratos y
autógrafos valiosos

DIRECTOR

Mariano Miguel de Val

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE VENTA

ESPAÑA: Año, 24 pesetas; número suelto, 2,50 pesetas
EXTRANJERO: Año, 30 ptas.; número suelto, 3 pesetas

Los socios del Ateneo de Madrid disfrutan de un 50 por 100 de re-
baja.—Anuncios gratis á los suscriptores

Dirección y Administración: SERRANO, 27.—MADRID

Números publicados de EL CUENTO SEMANAL

Año I.—Primer semestre.—1.° Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.—2.° Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconda*.—3.° Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.—4.° Eduardo Zamacois: *La cita*.—5.° Salvador Rueda: *La guitarra*.—6.° Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.—7.° Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*.—8.° Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.—9.° Felipe Trigo: *Reveladoras*.—10.° José Francés: *El alma viajera*.—11.° Eduardo Marquina: *La caravana*.—12.° Juan Pérez Zúñiga: *La soledad del campo*.—13.° Pedro de Répide: *Del Rastro á Maravillas*.—14.° Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.—15.° Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.—16.° Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.—17.° Amado Nervo: *Un sueño*.—18.° Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.—19.° F. Villaespesa: *El milagro de las rosas*.—20.° S. y J. Alvarez Quintero: *La madrecita*.—21.° Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.—22.° Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.—23.° A. Larribiera: *La conquista del jándalo*.—24.° Mauricio López-Roberts: *Las tres reinas*.—25.° Colombine: *El tesoro del castillo*.—26.° F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por mala!*

Segundo semestre.—27.° Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.—28.° Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.—29.° Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.—30.° Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.—31.° Arturo Reyes: *La Moruchilla*.—32.° Angel Guerra: *Al ¡galló!*.—33.° Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.—34.° Cristóbal de Castro: *Luna, lunera...*.—35.° Ricardo J. Catariñeu: *Almas errantes*.—36.° Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.—37.° Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.—38.° Antonio Palomero: *Don Claudio*.—39.° Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.—40.° Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.—41.° J. López Pinillos: *Frente al mar*.—42.° Blanca de los Ríos: *Las hijas de D. Juan*.—43.° Julio Camba: *El desierto*.—44.° Miguel Sawa: *La muñeca*.—45.° Luis Bello: *El corazón de Jesús*.—46.° J. Ferrándiz: *El «Dies iræ» de San Huberto*.—47.° A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.—48.° Alberto Insúa: *Las señoritas*.—49.° J. M.° Salaverria: *El literato*.—50.° Apeles Mestres: *La espada*.—51.° Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.—52.° Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.

Año II.—Primer semestre.—53.° NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino*, por Joaquín Dicenta. Precio: 50 céntimos.—54.° Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*.—55.° Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.—56.° Eduardo Marquina: *«La muestra»*.—57.° Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.—58.° Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.—59.° Pedro de Répide: *El solar de la botera*.—60.° Eduardo Zamacois: *El collar*.—61.° J. Francés: *Mientras las horas duermen*.—62.° Gabriel Miró: *Nómada*.—63.° Ramón A. Urbano: *El barbero del usia*.—64.° Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.—65.° José M.° Matheu: *Un bonito negocio*.—66.° Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.—67.° Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.—68.° Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco*.—69.° Felipe Sassone: *Viendo la vida*.—70 y 71.° Benito Pérez Galdós: *Gerona*.—72.° Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.—73.° G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.—74.° A. Hernández-Catá: *El pecado original*.—75.° Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.—76.° F. García-Sánchez: *Historia romántica*.—77.° Felipe Trigo: *El gran simpático*.—78.° Ramón M. Tenreiro: *Embruajamiento*.

Segundo semestre.—79.° Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.—80.° Joaquín Dicenta: *La gañanía*.—81.° Colombine: *Senderos de vida*.—82.° Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.—83.° José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.—84.° Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.—85.° Eduardo Marquina: *Corneja siniestra...*.—86.° Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.—87.° A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.—88.° Pedro de Répide: *Noche perdida*.—89.° Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.—90.° Pedro Mata: *Cuesta abajo*.—91.° F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.—92.° Joaquín Dicenta: *Galerna*.—93.° J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.—94.° A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.—95.° Condesa de Pardo Bazán: *Atende la verdad*.—96.° J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.—97.° Eduardo Zamacois: *El paratítico*.—98.° Felipe Trigo: *Las posadas del Amor*.—99.° J. M.° Salaverria: *Mundo subterráneo*.—100.° A. González Blanco: *Un amor de provincia*.—101.° J. López Pinillos: *Los enemigos*.—102.° Antonio Zozaya: *La bala fría*.—103.° Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.—104.° Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.

Año III.—Primer semestre.—105.° Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.—106.° Enrique López Alarcón: *La Cruz del Carriño*.—107.° J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.—108.° R. Urbano: *La Santa Fe*.—109.° F. Flores García: *El padrino*.—110.° G. Martínez Sierra: *Egloga*.—111.° Felipe Trigo: *Lo irreparable*.—112.° J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.—113.° J. Benavente: *¡A ver qué hace un hombre!*.—114.° Cijes Aparicio: *La venganza*.—115.° F. Periquet: *Exhausto*.—116.° López de Haro: *Vulgaridad*.—117.° Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.—118.° Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.—119.° Luis Calpena: *Un milagro del Arte*.—120.° Pedro Mata: *La celada de Alonso Quijano*.—121.° R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de antaño*.—122.° José M.° Matheu: *Entre el oro y la sangre*.—123.° Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.—124.° Pedro G. Magro: *Hidalguía morisca*.—125.° Ricardo León: *Amor de caridad*.—126.° F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.—127.° Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.—128.° Eduardo Marquina: *Beso de oro*.—129.° Guillermo Hernández: *Pedazos de vida*.—130.° José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.

Segundo semestre.—131.° Eugenio Noel: *Alma de santa*.—132.° Luis de Tapia: *Así en la tierra*.—133.° Juan A. Cavestany: *La Niña de los rubios*.—134.° Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un bohemio*.—135.° E. Menéndez y Pelayo: *El mole*.—136.° Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo*.—137.° Luis Huidobro: *Carucho*.—138.° Federico Urrecha: *El suicidio de Regulez*.—139.° J. Pous y Pagés: *El hombre bueno*.—140.° Alfonso García del Busto: *Sueño de hogar*.—141.° Benigno Varela: *La Terrorista*.—142.° Andrés González-Blanco: *El castigo*.—143.° Francisco Villaespesa: *El último adormecido*.—144.° E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.—145.° F. Falero Marquina: *Rara avis*.—146.° Felipe Trigo: *A todo honor*.—147.° Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.—148.° Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.—149.° Rafael López de Haro: *Del Taño en la ribera*.—150.° Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.—151.° Martínez Cuenca: *Semana de Pasión*.—152.° Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.—153.° Alberto Insúa: *El crimen de la calle de...*.—154.° Carlos Fernández Suar: *El poema de Caracol*.—155.° Luis Cánovas: *El obstáculo*.—156.° Sofía Casanova: *La princesa del amor hermoso*.—157.° Miguel Ramos Carrión: *La reina de los Madgyares*.

Año IV.—Primer semestre.—158.° Salvador Rueda: *El poema á la mujer*.—159.° Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.—160.° Dorio de Gádex: *Por el camino de las tonterías...*.—161.° Arturo Reyes: *De mi almíar*.—162.° Vicente Almela: *La senda triste*.—163.° Joaquín Belda: *Un baile de trajes*.—164.° Carlos Miranda: *Mi niña*.—165.° Benigno Varela: *Relámpagos de mi vida*.—166.° Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.—167.° Felipe Sassone: *En carne viva*.—168.° Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedrin*.—169.° Waldo A. Insúa: *Vida truncada*.—170.° Prudencio Canitrot: *El señorito rural*.—171.° Angela Barco: *Fémína*.—172.° A. Hernández Catá: *La distancia*.—173.° E. Marquina: *Fin de raza*.—174.° Antonio de Hoyos y Vinent: *La reconquista*.—175.° Luis Huidobro: *La casa número 13*.—176.° José María Tenreiro: *La agonía de Madrid*.—177.° Emilio Carrère: *Elvira la espiritual*.—178.° Gustavo Vivero: *Amelia*.—179.° Concha Espina de Serna: *La ronda de los galanes*.—180.° Mark-Twain: *El capitán Tormenta*.—181.° Anatole France: *Komm «el Atribatan»*.—182.° Francisco Rodríguez Marín: *Azar*.

Segundo semestre.—183.° León Tolstoy: *Valor*.—184.° Felipe Trigo: *Además del frac*.—185.° Colette Willy: *Mi alma era cautiva...*.—186.° Alberto Insúa: *La camarera del Bar Inglés*.—187.° Alfonso Daudet: *Calvario*.—188.° Charles Baudelaire: *La Fanfarlo*.—189.° Antonio de Hoyos y Vinent: *La estocada de la tarde*.—190.° Robert L. Stevenson: *El diablo embotellado*.—191.° Manuel Linares Rivas: *Lo que no vale la pena*.—192.° Emilio Carrère: *Aventuras de Amber, el luchador*.—193.° Eça de Queiroz: *El difunto*.—194.° José M.° Salaverria: *Nicéforo, el tirano*.—195.° Paul Hervieu: *Los ojos verdes y los ojos azules*.—196.° Juan Tomás Salvany: *Quinientas pesetas*.—197.° Benigno Varela: *La humilde curiosa*.—198.° Joaquín Belda: *No hay burlas con el casero*.—199.° A. González Blanco: *Idilio de aldea*.—200.° Emiliano Ramírez Angel: *Juventud, Ilusión y Compaña*.—201.° José Francés: *La venganza del río*.—202.° Augusto Martínez Olmedilla: *El precipicio*.—203.° Federico Jakes: *La última jugada*.—204.° Alejandro Larribiera: *Tia Paz*.—205.° Julio de Hoyos: *Evangelina*.—206.° Mauricio López Roberts: *Mar adentro*.—207.° Luis Antón del Olmet: *La risa del fauno*.—208.° Pedro de Répide: *Un conspirador de ayer*.—209.° NÚMERO EXTRAORDINARIO.

Año V.—Primer semestre.—210.° Francisco Villaespesa: *La venganza de Aischa*.—211.° Eugenio Noel: *El rey se divierte*.

Todos estos números están á la venta en nuestra Administración, Fuencarral, 90, al precio de 30 céntimos ejemplar.

A LOS COLECCIONISTAS

El Cuento Semanal

En esta Administración y en las principales librerías y quioscos de toda España, se venden ejemplares de todos los números publicados por **EL CUENTO SEMANAL** al precio de 30 céntimos ejemplar.

Las colecciones de los años 1907, 1908 y 1909, elegantemente encuadernadas en cuero, con incrustaciones de oro y en relieve, compuesta cada una de dos tomos, se venden al precio de

25 pesetas para Madrid y provincias
36 " para el extranjero

RUDIMENTOS DE DERECHO

Y ALGUNAS NOCIONES DE ECONOMÍA POLÍTICA
POR ESCRIBANO

- 1.º Para los alumnos de ambos sexos que cursan el Magisterio de primera enseñanza.
- 2.º Para los opositores á Cátedras de Escuelas Normales.
- 3.º Para los opositores á escuelas públicas.
- 4.º Para cuantas personas quieran poseer aquellas nociones de Derecho que obligan á todo ciudadano en un país civilizado.

EL CUENTO SEMANAL en Barcelona

LIBRERÍA DE SALVADOR SANZ

Ronda de San Pedro, 30

Existencia de todos los números publicados.
Venta de toda clase de obras científicas y literarias.
Corresponsal de varias publicaciones.
Expediciones á provincias y Ultramar.

JUANITO

Compra, vende y cambia, alhajas, oro, plata, diamantes, cuadros, brillantes, relojes, cadenas, escopetas, paraguas, revólvers, mantas para viaje, damascos, esmaltes, porcelanas, tallas, muebles, miniaturas, tapices, bronce antiguos y modernos; es el que más paga los abanicos antiguos y las máquinas de coser.

Calle del Pez, 15, tienda.—MADRID

¡Fumadores! EL HUROL

EL HUROL, fumado con el tabaco, lo aromatiza, destruye sus propiedades tóxicas, cura las afecciones de la boca, garganta y pecho, especialmente el catarro gástrico de los fumadores, y cura siempre las pulmonías y tuberculosis. Lo fuman á diario los principales médicos de la corte y provincias

Frasco para 500 gramos de tabaco, 1 pta. Por correo, 1,50
MADRID - Calle de la Victoria, 6 y 8 - MADRID

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.º

MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.ª

LEASE BIEN EL PROSPECTO

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. CAPELLANES, 12. Precio fijo

GRANDES TALLERES DE ENCUADERNACIÓN

JOSE Y AGÜES

8, NUNCIO, 8

Se hace toda clase de trabajos de encuadernación, libros rayados, etc.

Especialidad en encuadernación de revistas ilustradas.

NOCIONES DE AGRICULTURA

FERNÁNDEZ CASTAÑEDA

Catedrático de Agricultura y Director del Instituto de Cuenca y Escribano Profesor de la Escuela Normal de Madrid.

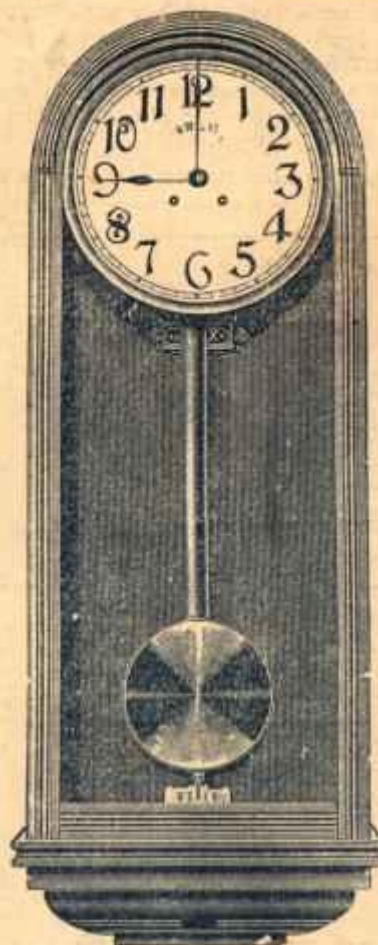
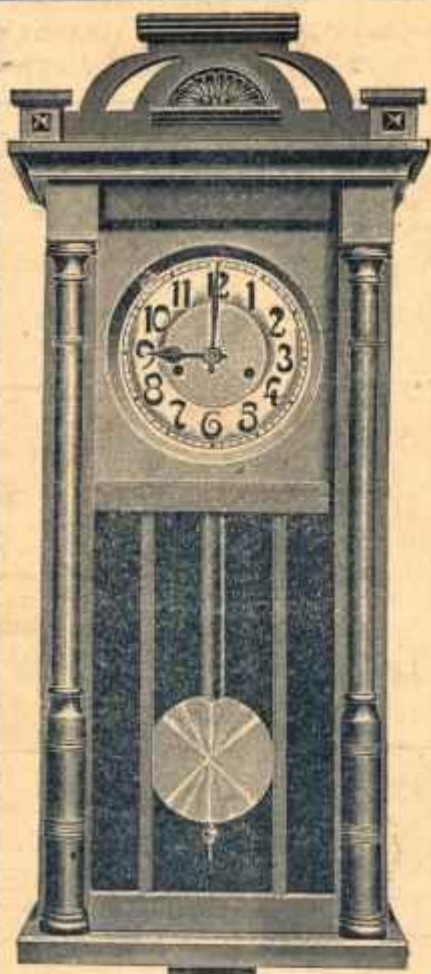
Para los alumnos de las escuelas normales y opositores á escuelas públicas.

3.400
1922

-AN
-GRAN
-LE 1

Gran relojería de Tomás Gerónimo

===== FUENCARRAL, 90, bajo centro =====



Como complemento de un "confort,, elegante, esta casa ofrece á sus clientes los últimos modelos en cajas estilo inglés con máquinas de la más perfecta afinación y cuidadísimo
===== montaje =====

También en relojes de bolsillo dispone de las universalmente conocidas marcas LONGINES, Roskopf Patent y otras de seguridad en la marcha.

En cadenas y dijes los últimos modelos

TALLER ESPECIAL PARA TODA CLASE DE COMPOSTURAS

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

